

la noche, me puse los vestidos de uno de los centinelas que se colocaban en la galería bajo las ventanas de la prision y me quedé toda la noche ecsaminando al desconocido, quien con el rostro descubierto se estuvo paseando en su cuarto. "Ese hombre blanco de cara, grande y bien hecho de cuerpo, aunque tiene la pierna bastante llena con la media, parecia estar en el vigor de la edad, apesar de que su cabellera está ya blanca.

"Toda la noche se estuvo paseando y parecia muy agitado."

Después de estos hechos, la historia vuelve á la noche de la incertidumbre.

Un velo impenetrable cubre los años enteros de esa cautividad y solo desde la traslacion del prisionero de la isla de Santa-Margarita á la Bastilla, es desde donde nos permite seguirle en su nueva prision.

IV

Era en 1698. Después de quien sabe qué circunstancias, Saint-Mars fué llamado al gobierno de la Bastilla.

Luis XIV, satisfecho de Saint-Mars, le dió el mando de ella.

Era prudente hacer seguir al *Máscara de fierro* la suerte de aquel á quien habia sido confiado, y hubiera sido una ligereza el haber buscado un nuevo confidente, el que tal vez no habria sido tan fiel y tan discreto como Saint-Mars.

Así pues, para el *Máscara de fierro*, aquel cambio de domicilio en nada mejoró su situacion, la que solo debia terminar con la muerte.

He aquí tres cartas, cambiadas entre Saint-Mars y el Ministro con respecto á aquella traslacion, y las que hemos tomado de la *Recopilacion de cartas estraidas de los archivos de Negocios estrangeros*, por Roux-Fazillac.

El Ministro escribe con fecha 29 de Junio de 1698:

"Capitan Saint-Mars, transportaréis vuestro prisionero al fuerte de la Bastilla, haciéndoos escoltar por los oficiales y soldados de vuestra companía y sirviéndoos al efecto del camino que juzgueis mas conveniente.

"Inútil es que os explique todas las precauciones que S. M. desea sean tomadas para la seguridad del prisionero durante su marcha, y solo me limito á ase-

gurarle que S. M. confia á vuestra prudencia, el tiempo y el modo de hacerla, prometiéndose que tomaréis tan bien vuestras precauciones, que á escepcion de aquellos que trabajarán en la ejecucion de las anteriores órdenes y que son personas discretas y fieles, ningun otro tendrá conocimiento de lo que han hecho ó para qué han sido enviados". . . .

Saint-Mars respondió con fecha 10 de Julio:

. . . . "Si conduzco mi prisionero á la Bastilla, creo que el carruage mas seguro lo será una silla cubierta con hule, de manera que tenga bastante aire sin que nadie pueda verle ni hablarle durante el camino, ni aun los soldados que escojeré para ir cerca de dicha silla, la que será menos embarazante que una litera que se rompería y ofrece el grande inconveniente de los que la lleven. Todo, bien calculado, guardará para mí mi litera, la que irá siempre al lado de la silla.

"Para los altos que sea necesario hacer en el camino, haré disponer los alojamientos de modo que si el prisionero oye hablar á los que estén fuera, no pueda hacerse oír de ellos dado caso que así lo quiera. Podrá ver la gente que marcha á su lado, mas esta no podrá verle, al menos de frente, pues para ello me propongo tomar ciertas precauciones. Al lado de la ventana de su alojamiento, pondré dos centinelas de mi companía, que tendrán por consigna el oír si alguno le habla y hacer que los transeuntes no se paren por allí. Para mayor seguridad, en la noche dormiré en su aposento, y en el dia, tomaré uno al lado del suyo, de manera que desde él podré ver todo, aun á los dos centinelas, los que de ese modo estarán siempre alerta. . . ."

Con fecha 19 de Julio de 1698, una carta del ministro, respondiendo á Saint-Mars, dice:

. . . . "Vuestra responsabilidad es grande, capitan Saint-Mars, pero S. M. se fia en vuestra prudencia.

"Las medidas que manifestais haber adoptado para la seguridad de vuestro prisionero, me parecen muy bien arregladas. Una silla cubierta y bien cerrada para él: para vos, una litera al lado de la silla: vuestra companía franca á vanguardia y retaguardia por escolta: todo eso me parece muy bien para el camino.

"Faltan los altos. La guardia me parece lo mas difícil en medio de las idas y venidas necesarias en casos semejantes; pero las precauciones de que me hablais de no perder jamas de vista al prisionero, ni de noche ni de dia, me parecen sin réplica.

"Por lo demas, espero que no dejareis ignorar á vuestro prisionero el riesgo que corre si trata de sustraerse por cualesquiera medio á la vijilancia de que será objeto.

"Será bueno, que tambien sepa, que corre el mismo peligro, todo aquel, sea estrangero ó persona del servicio, que con ó sin premeditacion, burle dicha vijilancia.

“S. M. insiste esencialmente sobre este punto, y nadie podrá tener impunemente con *vuestro prisionero* uno de esos contactos que vuestras instrucciones anteriores han previsto con tanto cuidado”....

Tantas precauciones minuciosas para con aquel hombre, que el ministro y Saint-Mars en su correspondencia llamaban el *prisionero*, prueban, que despues de los veintisiete años de cautividad de aquel desgraciado, el secreto de tal misterio no habia perdido aún su importancia.

La historia se vé obligada á hacer patente ese hecho, dejando al lector el prever la consecuencia.

Sea lo que sea, hácia el fin del mes de Agosto de 1698, en una tibia noche del estío de Provenza, el puente levadizo de la isla de Santa-Margarita se oyó bajar, y un cortejo misterioso comenzó á desfilarse dirigiéndose al puerto donde le esperaba un bergantín empavesado con las banderas reales. Veinte hombres de la compañía franca de Saint-Mars con el mosquete empuñado, abrian la marcha: despues, seguia una silla enteramente cubierta por una tela negra encerada. Se hubiera dicho que era un catafalco ambulante con su vestuario mortuorio.

En esa silla iba el *Máscara de hierro*, á quien con aquel lúgubre aparato se llevaba vivo de una á otra tumba. Despues seguia Saint-Mars en una litera: el estado mayor del gobernador y el resto de la compañía franca, cerraban la marcha.

Llegado el cortejo al puerto, se embarcó: un cañonazo anunció que el bergantín del rey levaba el ancla y se daba á la vela. Al mismo tiempo el buque despues de dar dos ó tres coquetos balanceos sobre sus costados, hendió las ondas y comenzó á bogar hácia otras riberas sin que nadie haya podido saber jamás si el desgraciado á quien así se llevaba de una á otra tumba, dejaba en el fuerte de la isla de Santa-Margarita otra cosa ademas de los doce años de su vida pasados en ella. Despues del embarque del prisionero, muchas personas oyeron el coloquio siguiente entre él y el gobernador, y esto fué todo.

—¿Es que el rey quiere mi vida, capitan Saint-Mars?

—Nó, mi príncipe, respondió este, vuestra vida está en seguridad: no teneis mas que dejaros conducir.

No han quedado de ese viaje, que duró casi un mes, mas que algunos detalles sobre una visita de cuatro dias que Saint-Mars hizo con su prisionero á su terreno de Palteau en Champagne. Las particularidades admirables de este suceso, dejaron rastros muy profundos en la memoria de los ancianos, y muchos años despues de aquella visita, un M. Palteau, sobrino de Saint-Mars, habiéndoles preguntado él mismo, obtuvo de ellos las relaciones siguientes, las que consignó en el *Año literario* de 1755:

“Muchos dias antes de la llegada de Saint-Mars con su prisionero, se habia dado la órden de preparar una parte del castillo para su recepcion. Como dicho castillo estaba inhabitado hacía gran tiempo, se hallaba en un verdadero estado

“S. M. insiste esencialmente sobre este punto, y nadie podrá tener impunemente con *vuestro prisionero* uno de esos contactos que vuestras instrucciones anteriores han previsto con tanto cuidado”....

Tantas precauciones minuciosas para con aquel hombre, que el ministro y Saint-Mars en su correspondencia llamaban el *prisionero*, prueban, que despues de los veintisiete años de cautividad de aquel desgraciado, el secreto de tal misterio no habia perdido aún su importancia.

La historia se vé obligada á hacer patente ese hecho, dejando al lector el prever la consecuencia.

Sea lo que sea, hácia el fin del mes de Agosto de 1698, en una tibia noche del estío de Provenza, el puente levadizo de la isla de Santa-Margarita se oyó bajar, y un cortejo misterioso comenzó á desfilarse dirigiéndose al puerto donde le esperaba un bergantín empavesado con las banderas reales. Veinte hombres de la compañía franca de Saint-Mars con el mosquete empuñado, abrian la marcha: despues, seguia una silla enteramente cubierta por una tela negra encerada. Se hubiera dicho que era un catafalco ambulante con su vestuario mortuorio.

En esa silla iba el *Máscara de hierro*, á quien con aquel lúgubre aparato se llevaba vivo de una á otra tumba. Despues seguia Saint-Mars en una litera: el estado mayor del gobernador y el resto de la compañía franca, cerraban la marcha.

Llegado el cortejo al puerto, se embarcó: un cañonazo anunció que el bergantín del rey levaba el ancla y se daba á la vela. Al mismo tiempo el buque despues de dar dos ó tres coquetos balanceos sobre sus costados, hendió las ondas y comenzó á bogar hácia otras riberas sin que nadie haya podido saber jamás si el desgraciado á quien así se llevaba de una á otra tumba, dejaba en el fuerte de la isla de Santa-Margarita otra cosa ademas de los doce años de su vida pasados en ella. Despues del embarque del prisionero, muchas personas oyeron el coloquio siguiente entre él y el gobernador, y esto fué todo.

—¿Es que el rey quiere mi vida, capitan Saint-Mars?

—Nó, mi príncipe, respondió este, vuestra vida está en seguridad: no teneis mas que dejaros conducir.

No han quedado de ese viaje, que duró casi un mes, mas que algunos detalles sobre una visita de cuatro dias que Saint-Mars hizo con su prisionero á su terreno de Palteau en Champagne. Las particularidades admirables de este suceso, dejaron rastros muy profundos en la memoria de los ancianos, y muchos años despues de aquella visita, un M. Palteau, sobrino de Saint-Mars, habiéndoles preguntado él mismo, obtuvo de ellos las relaciones siguientes, las que consignó en el *Año literario* de 1755:

“Muchos dias antes de la llegada de Saint-Mars con su prisionero, se habia dado la órden de preparar una parte del castillo para su recepcion. Como dicho castillo estaba inhabitado hacía gran tiempo, se hallaba en un verdadero estado

de ruina y á escepcion de algunas salas bajas, los pisos superiores estaban realmente inhabitables.

“Así pues, dichas salas fueron las que se prepararon y amueblaron lo mejor posible.

“El día de la llegada, habiéndose anunciado de antemano, los paisanos se prepararon para festejar dignamente á su señor, y se presentaron en masa para rendirle sus homenajes. La silla cubierta en que iba el prisionero de la máscara, les escitó naturalmente la curiosidad y por mas severas que fuesen las consignas, no pudieron impedir á aquellas buenas gentes el acercarse al cortejo, y ver muchas cosas que nadie les habria enseñado.

“Como por ejemplo, la primer comida tuvo lugar en el comedor del piso bajo, cuyas ventanas daban al patio, en que los lugareños se agolpaban en masa para festejar en apariencia á su señor con sus *vivas*, pero que en realidad solo iban por ver al personaje de tan singular precaucion. Su curiosidad solo fué sin embargo satisfecha á medias.

“Es cierto que las ventanas se hallaban abiertas con motivo del calor; pero Saint-Mars habia hecho sentarse en la mesa al hombre de la máscara, con la espalda hácia ellas, y él se puso á su frente, teniendo á su lado y sobre la mesa, una pistola cargada, lista á servir contra el prisionero en caso de que tratase de voltearse para hacerse ver de la multitud ó para hablarle.

“Ellos dos eran los únicos que estaban en la sala. Un ayuda de cámara les servia y cada vez que iba en busca de los platos á la antecámara, cerraba la puerta tras sí.

“El prisionero era de una estatura elevada; tenia los cabellos blancos, y una máscara negra que dejaba ver sus dientes y sus labios.

“En la noche, Saint-Mars se hizo componer un catre de campaña al lado de aquel en que dormia su huésped, y apesar de que quedaron tres dias en Palteau, nadie pudo en ellos saber mas de lo que supieron el primer día.

“Este suceso singular fué por mucho tiempo objeto de las conversaciones del pais, y aun todavia, el hombre de la máscara es una especie de *cancon*, con el que las nodrizas espantan á los niños que lloran.

“Lo único que hay, es, que los hechos han sido amplificados y desnaturalizados de tal modo, que aquel pasage, en toda la acepcion de la palabra, es ya, un verdadero cuento de abuelos.

Esto es todo lo que se sabe de aquel viaje. Cual esos convoyes fúnebres que transportan á tierras lejanas los restos de algun personaje opulento del mundo, el cortejo atravesó la Francia con su silla, cubierta por una tela negra encerada, sin que nadie pudiese á traves de ese velo, ver lo que contenia aquella tumba ambulante: la única diferencia que habia, era, que en esta vez, el muerto era un viviente, moderno Abel de un Cain real!

No se vuelve á saber nada del prisionero, hasta su llegada á la Bastilla en 18 de Septiembre de 1698.



He aquí la hoja de entradas que le concierne, copiada testualmente en uno de los registros de la Bastilla, salvada del saqueo de esa prision de Estado el 14 de Julio de 1789, y que constituye parte de los manuscritos de la biblioteca del *Hotel-de-Ville* de Paris. Es un gran *in-folio* contenido en una gran cartera de marroquin, cerrada con llave y que aun está guardada en un carton doble.

Después de la toma de la Bastilla, uno de los vencedores la llevó en trofeo en la punta de su bayoneta al *Hotel-de-Ville*, que enriqueció con ella su biblioteca.

NUMERO 1. VERSET 37.

Estracto de los Registros del Castillo de la Bastilla.

“Es el famoso hombre de la *Máscara de fierro*, que jamas ha conocido nadie.

“Desde el 18 de Septiembre de 1698 á las tres de la tarde, M. de Saint-Mars, gobernador del castillo de la Bastilla, hizo su primer entrada viniendo de las islas de Santa-Margarita, trayendo con él en su litera un antiguo prisionero que tenia en Pignerol, el cual siempre está enmascarado y cuyo nombre no se sabe; y habiéndolo hecho entrar al bajar de su litera en el primer aposento de la torre Baziniere, en espera de la noche; llegada la cual, á las nueve de ella, se dió la orden por el gobernador M. de Saint-Mars, á M. Dujonca, teniente del rey en dicho castillo, y al Señor de Rosarges, uno de los sargentos que el gobernador trajo consigo, de conducir al dicho prisionero al tercer aposento de la torre Bertaudière, que M. Dujonca habia hecho amueblar completamente algunos dias antes de su llegada.

“El prisionero siempre estuvo cuidado y servido por el dicho Señor Rosarges, y nadie le veia, á escepcion de él y el señor gobernador.

“Se le trataba con mucho cuidado y atencion.

“Y tenia permiso para ir á misa.”

Nos veriamos precisados á dejar aquí en blanco esta página de la vida del *Máscara de fierro* en la Bastilla, si no fuera por un opúsculo que hoy es bastante escaso y que tiene por título: *Notas históricas sobre la Bastilla, con un gran número de anécdotas interesantes y poco conocidas.* (Londres, 1789, en 8vo., de 199 páginas.) El editor, que se cree lo es el impresor Grangé, y que la publicó con el objeto de dar alguna luz sobre la residencia del *Máscara de fierro* en la Bastilla, dice en su prefacio:

“He tenido en mi poder, por muy poco tiempo en verdad, un bien precioso manuscrito sobre ese misterioso personage. Podria aún prevaleirme de su rareza, pues que sin ser muy voluminoso, diez luises me han dado su propiedad. Se deja entender que no he podido ni debo copiarlo todo entero.”

Sea lo que fuere, veamos los curiosos relatos que nos proporciona el editor, tanto respecto del *Máscara de fierro*, como de el régimen interior de la Bastilla:

“Tan luego como llegaba un prisionero á la Bastilla, se inscribia sobre un li-

bro su nombre y cualidades, el número del departamento que iba á ocupar y la lista de los efectos depositados en la caja del mismo número. El libro de salidas contiene un protocolo de juramentos y protestas de sumision, respeto y fidelidad para con el rey. El tercer libro en hojas sueltas, contiene el nombre de todos los prisioneros y la tarifa de sus gastos. Hay tambien un registro donde reunen todas las cartas de los ministros y de la policía. Todo está recojido y clasificado con cuidado. En fin, hay un cuarto libro, un enfolio inmenso, (el de que hemos hablado y del cual sacamos el registro) que se podría creer estaba escrito con lágrimas y sangre, y que por solo eso merece una descripcion especial.

“Sus hojas, distribuidas en columnas, tienen impresos en cada una de ellas los títulos siguientes:

Primera columna. *Nombres y calidad de los prisioneros.*

Segunda. *Fechas de los dias en que llegan los prisioneros al castillo.*

Tercera. *Nombre de los secretarios de Estado que han expedido las órdenes.*

Cuarta. *Fechas en que salen los prisioneros.*

Quinta. *Nombres de los secretarios de Estado que han firmado las órdenes de libertad.*

Sesta. *Causa de la detencion de los prisioneros.*

Séptima. *Observaciones y notas.*

“El mayor llenaba la sesta columna segun las indicaciones que podia obtener, y el teniente de la Policía le daba instrucciones cuando y como queria.

“La Séptima columna contiene la historia de los echos, caracteres, gestos, vida, costumbres y fin de los prisioneros.

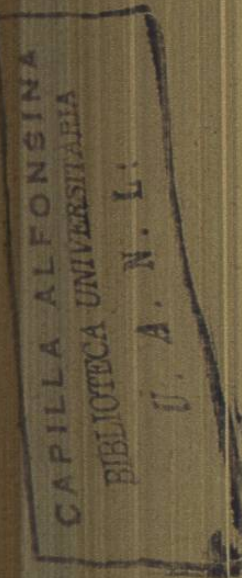
“Esas dos columnas son dos especies de memorias secretas cuya esencia y veracidad dependian del concepto recto ó falso, de la buena ó mala voluntad del mayor y el comisario del rey.

“Muchos prisioneros se encuentran sin notas en esas dos columnas.

“Cuando ese registro fué llevado al *Hotel-de-Ville* (municipalidad) el 14 de Julio, el nombre del *Máscara de fierro* vagaba de boca en boca, como una de las mas grandes maldades cometidas por las razas reales. Todos esperaban con un silencio solemne que aquel secreto de despotismo real, cayese de sus páginas sangrientas: pero el folio 120, correspondiente al año 1698 y á la llegada del *Máscara de fierro* á aquella prision, habia sido arrancado, y no se ha podido completar mas que con el diario de M. Dujonca, teniente del rey en la Bastilla, en 1698, los registros mortuorios de la iglesia de San Pablo, y las revelaciones del padre Griffet, confesor de los prisioneros en la misma época.

“Los ministros no querian que las personas conocidas muriesen en la Bastilla.

“Si moria un prisionero, se le hacia enterrar en la Iglesia de San Pablo, con el nombre de algun criado; y esta mentira se escribia en el libro del registro mortuorio á fin de enganar á la posteridad.



Ecsistía un registro en el que se inscribia el nombre verdadero del muerto; pero no se ha podido encontrar en los archivos de la Bastilla.

“Tampoco se daba á los prisioneros sus nombres propios, á fin de que los parientes y amigos que hubiesen deseado solicitarlos, no los reconociesen. Así es, como el hombre de la *Máscara de fierro*, que en las islas de Santa Margarita era conocido con el nombre de *Latour*, lo era en la Bastilla con los de *Marchialy* de *Kersadion*, y tal vez otros.

“Hé aquí lo que yo he visto:

“Despues de la toma de la Bastilla, un curioso me ha enseñado una carta encontrada en los escombros y conteniendo el número 64.389,000 con la nota siguiente:

LLEGADO DE LAS ISLAS DE SANTA MARGARITA, CON UNA MASCARA DE FIERRO: XXX y abajo: KERSADION.

“Manclerc, que estaba presente, me propuso entónces fuésemos á visitar el castillo de la torre Bertaudière, donde el hombre de la Máscara de fierro habia estado encerrado. Nuestro minucioso ecsámen, infructuoso por algun tiempo, fué coronado al fin por el mas inesperado suceso.

“Habiendo percibido al lado de la chimenea de un aposento una plancha de sebo ennegrecida, del largo del dedo pequeño, la levantamos con un cuchillo y descubrimos una hendidura en el muro. Habiendo cavado en ella, encontramos un giron de tela colorada, de cosa de diez pulgadas de largo. Sobre aquel giron estaban trazadas con hilo blanco muy fino, estas tres señales, de las que la primera y la segunda están descifradas en parte:

+++++ | años
yo +++ de mi rey.

Hé aquí mi crímen.

“Ese pedazo de lienzo estaba enrollado y contenia amarrado con una punta del mismo hilo, una hebra de crin negra muy fuerte.....

“Visité, pues, con la mayor escrupulosidad, toda aquella torre de la Bertaudière, desde el calabozo hasta el remate de ella. Tenia cuatro departamentos, y cada uno de sus aposentos, un nombre tomado segun el grado de su elevacion; así es, que el primero arriba del calabozo, se llamaba *la primera Bertaudière*; despues, la *segunda*, la *tercera Bertaudière*; la cuarta, se llamaba *el casquete Bertaudière*.

“Estas piezas eran unos pequeños reductos octágonos, de cerca de 12 ó 13 piés cuadrados de largo, poco mas ó ménos, y de la misma altura. Habia un pié de suciedad en el piso, lo que impedía ver que era de yeso. Todas las almenas estaban tapadas, ménos dos que tenian verjas de fierro. Esas troneras estaban á un lado del aposento, tenian dos piés de largo, é iban disminuyendo en cono en el espesor del muro hasta la estremidad, la que al llegar al foso solo tenia medio pié de abertura. Un enrejado de fierro la cerraba por aquel lado.

“Como solo por entre los enrejados entraba la luz del dia, la que era oscurecida por el espesor del muro, pues tiene diez piés, por las barras del enrejado y los vidrios sucios de una ventana que habia, y se cerraba dentro del aposento, era tan débil, que cuando penetraba en él, apenas servia para distinguir los objetos, y solo formaba una luz falsa.... Las paredes de los aposentos estaban llenas de suciedad y tapizadas con los nombres de multitud de prisioneros. Lo único que habia mas limpio, era un pedazo del cielo raso de yeso muy unido y blanco, á fin de que el mas mínimo agujero hecho por el prisionero del piso superior, fuese visible....

“En uno de aquellos reductos, es donde el *Máscara de fierro* pasó cinco años, despues de los doce en las islas de Santa Margarita, trece en Pignerol, tres en el fuerte de *Exilles*, en todo TREINTA AÑOS de cautividad. “Desde su llegada á la Bastilla, dice Dujouca en su *Diario*, el prisionero, cuyo nombre no se sabe, y al que siempre tenian enmascarado, fué puesto en la torre de la Bazinière en espera de la noche. A eso de las nueve de ella, yo le conduje al tercer aposento de la torre de la Bertaudière que tuve cuidado de amueblar completamente. Allí habia una cama de sarga verde con sus cortinas, un jergon, tres colchones, dos mesas, una media biblioteca para libros, un gran sillón, algunas sillas, y diversos utensilios para el uso comun. Yo quedé encargado con especialidad de vigilarlo, unido al mayor Rosarges. Todo estaba dispuesto de tal modo, que nadie pudo verle jamás. En la capilla donde oía religiosamente la misa, se habia construido una especie de cancel para él, desde donde no podia ver á nadie ni ser visto, y para ir á ella, pasaba por una galería por donde nadie podia andar durante el tiempo de la misa, bajo ningun pretexto. Su mas grande diversion, era pulsar la guitarra y cantar. Su voz era dulce y conmovedora, y los sonidos que sacaba al instrumento, tan melancólicos algunas veces, que los prisioneros alojados abajo de él, me han confesado, que mas de una ocasion al oírlo, se han sorprendido todos llenos de lágrimas.

“Despues de cinco años de cautividad en la Bastilla, el domingo 18 de Noviembre de 1703, el hombre de la Máscara se encontró repentinamente indispuerto al salir de misa, y murió el lunes 19 de Noviembre á las diez de la noche, sin haber tenido una larga enfermedad, lo que no podia ser de otro modo.

“M. Giraut, nuestro limosnero, le confesó la víspera; mas sorprendido por la muerte, no pudo recibir los sacramentos, y nuestro limosnero le estuvo eshortando ántes de que muriese. El miércoles, 20 de Noviembre, fué enterrado á las cuatro de la tarde en el cementerio de San Pablo. Su entierro costó cuarenta libras.”

Hé aquí el apoyo de esa relacion, su extracto mortuorio, tal cual se encuentra inscripto en el gran registro en folio de la Bastilla, de que ya hemos hecho mencion.